

## Nuestra lengua

### vínculo espiritual de la raza

---

Tiempo era ya de que todos los que descendemos de la misma gloriosa estirpe y hablamos el mismo idioma, pensáramos en consagrar un día del año a celebrar, en todas las regiones del globo en que se habla la lengua de Castilla, la fiesta de la raza, y este día no podía ser otro que el 12 de octubre, una de las fechas más memorables de nuestra historia; día en que el genio de aquel insigne visionario, Cristóbal Colón, vilipendiado y despedido en todas partes, pero comprendido y alentado por la magnánima Isabel de Castilla y secundado por los heroicos navegantes españoles, «renovó la faz de la tierra», según la hermosa imagen bíblica, descubrió ante los ojos de Europa asombrada un Nuevo Mundo, emporio de maravillas y tesoros de todo género, teatro de nuevas y brillantes civilizaciones, y árbitro un día no lejano de los destinos de la humanidad. Por muchas hipérboles que pueda forjar el entusiasmo, aun resultarían pálidas comparadas con las realidades del descubrimiento, conquista y civilización de América. ¿Qué es la *Iliada* al lado de esta sobrehumana epopeya, que no ha encontrado ni encontrará seguramente un Homero digno de cantarla? ¿Qué significación histórica tienen las conquistas de Alejandro, la gloria de los

imperios asirios y babilónicos y hasta la creación del mundo romano? Así se explica la enfermedad de *hispanofobia* que «apareció en Europa en 1492: sus focos principales (son palabras de la Revista Cultura Hispano Americana) fueron Lisboa, Venecia, Génova, París y Londres; contra la nación que había hecho lo que ninguna supo ni pudo hacer, se desataron todos los odios y a medida que España organizaba expediciones para el Nuevo Mundo, enviaba a éste numerosos y heroicos exploradores, letrados, misioneros, guerreros, artifices, artistas, materiales de construcción, utensilios agrícolas, géneros alimenticios, semillas y diversas clases de ganado para la industria y el comercio, y sabía inventar recursos de todas clases para colonizar las regiones que descubría, muchas de ellas salvajes, entregadas a la antropofagia y a la sodomía, más y más aumentaban en Europa el rencor, la envidia y la enemistad contra ella. Circunstancias políticas, ocurridas en 1557, en la histórica región de Flandes, que había sido incorporada a España desde el casamiento de Felipe el Hermoso con doña Juana de Aragón y Castilla, radicó el centro principal de hispanofobia. Allí se prepararon las más numerosas bandas de corsarios; allí se inventaron las más procaeces calumnias; allí se imprimieron los libros más infames contra España...»

La decadencia política de esta última, precipitada por la misma magnitud de la empresa civilizadora del Nuevo Mundo, las guerras en que se vió envuelta en Europa, entre ellas, la insidiosa y terrible invasión napoleónica, dieron nuevo fomento a tan feroz epidemia que, en la primera mitad del pasado siglo y por causas fáciles de comprender, llegó a ser endémica en los pueblos americanos. En virtud de esa deplorable hispanofobia que aun tiene en nuestros días más o menos solapados fomentadores, vemos a algunos hispanoamericanos que, con harta mengua de sus apellidos hispánicos y de la sangre que corre por sus venas, recuerdan el

— *mixxit in patrios cineres* —

de Horacio, y vilipendian a España en el patrio idioma. Es más, yo creo que algunos, en su antiespañolismo, no pudiendo

menos de servirse de nuestra hermosa lengua, se desquitan afeándola de intento con monstruosos barbarismos y galicismos.

Afortunadamente esta atmósfera de odio insano e injustificado se va disipando; España va saliendo de la penumbra en que pretendieron envolverla sus enemigos seculares; resuenan sus merecidas alabanzas en la boca de sus adversarios encarnizados de ayer, como lo demuestran los libros de numerosos escritores norteamericanos y las manifestaciones de brillantes escritores belgas; y sus hijos de Sur América empiezan a abrir los ojos y a hacer justicia a su augusta progenitora. Este gran movimiento de justicia y de glorificación ha hecho nacer en todas partes una corriente de simpatía, de acercamiento y de fraternidad.

Me atrevo a asegurar que uno de los factores que han contribuido a crear y robustecer esta corriente han sido los estudios relativos a la lengua, tan brillantemente iniciados y difundidos por el ilustre Cuervo. Su patriotismo clarividente y su gran cultura lo llevaron a defender a España, en su magna empresa de conquista, población y civilización de América, contra sus torpes calumniadores. En la Introducción a la *Vida* de su padre, dice: «Ninguna de las colonias (hispano-americanas) carecía de un colegio o universidad, dotada de biblioteca que diariamente se enriquecía con obras valiosas, y provista las más de las veces de instrumentos científicos».

Ha llegado la hora de la gran revisión histórica de la obra de España en ambos mundos. Y como ha dicho recientemente una escritora, honra de nuestra raza, doña Blanca de los Ríos de Lampérez, al inaugurarse un monumento al insigne Menéndez y Pelayo, «El día en que nuestra titánica empresa, geográfica, cultural y evangelizadora, aparezca en su asombrosa magnitud, podrá estimar la historia, arrodillada de admiración, la estatura moral de esta España, cuya grandeza harto se revelaba en el empeño que cinco siglos de envidias pusieron en calumniarla y empequeñecerla».

Hasta parece que la inmensa y horrible tragedia a que asistimos y que está arruinando y casi destruyendo a gran parte de Europa es favorable a este despertar de la conciencia histórica, porque, como hace notar la misma escritora: «ante

el bárbaro empuje de fuerzas que compiten con las de la naturaleza y barren los contornos de las naciones, el espíritu de las nacionalidades se despierta despavorido y heroico y, cuando ceden las fronteras geográficas, se abraza a las fronteras espirituales, y se vuelve a las sagradas fuentes de su ser, a su historia que es el alma y la personalidad de los pueblos».

En estos solemnes momentos cábele a la República Argentina la honra de haberse anticipado a las demás Repúblicas hermanas, en la gloriosa iniciativa de señalar el 12 de octubre como día feriado, destinado a celebrar la *Fiesta de la Raza*. Todos los españoles recordarán siempre con admiración y afecto las nobles, sentidas y espontáneas frases del Excmo. Señor Presidente de la Nación, doctor Hipólito Irigoyen, en homenaje a la Madre España, en el decreto en que instituye la indicada *Fiesta*.

En todos los pechos españoles despertarán vivísima emoción los considerandos que acompañan al Decreto y en los que vibra la sinceridad sin mezcla de retóricos afeites.

Ninguna ocasión, pues, más oportuna para desarrollar el tema que hoy propongo a vuestra consideración, es decir, *la importancia de nuestra lengua como vínculo espiritual de la raza*.

En efecto, de todos los vínculos que unen entre sí a las sociedades humanas ninguno es más fuerte y duradero que la lengua, que llega a constituir una especie de nacionalidad espiritual, depurada y selecta.

Roma, la antigua fundadora del vasto imperio a que dió su nombre, sostuvo luchas cruentas para reducir a la unidad las diversas tribus de la Península itálica, e imponerles su lengua. Para conseguir tal objeto, los grandes políticos del Lacio, entre ellos el dictador Sila, no vacilaron ante las más sangrientas medidas, como lo prueba el aniquilamiento del gran pueblo etrusco, de cultura muy antigua y muy superior a la romana. Y cuando, unificada la península, pensó la vencedora de Cartago en imponer su yugo a las demás naciones, fué su preocupación predominante el establecimiento de su lengua como idioma común. Tal fué el eje de la política de Augusto y demás emperadores, según lo afirman con irrefuta-

bles testimonios Tácito, Plinio, Suetonio y otros escritores. Gracias a esta política decidida y perseverante, pudo amalgamar y fundir, en el mismo crisol, tantos pueblos y razas y pudo decirle con justicia el poeta Rutilio Namaciano:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam,  
Urbem fecisti que prius orbis erat* (1).

Y fué tal la fuerza plasmadora de aquel severo idioma latino, forjado y templado en las lides del foro y de la vida cívica, purificado en los escritos de los historiadores y filósofos y engalanado y acicalado por los poetas, que aun después de la terrible invasión de los bárbaros, que parecía destinada a barrer hasta los últimos vestigios del nombre romano, mantuvo la unidad espiritual en las nuevas naciones, que se iban formando, y obligó a los rudos invasores a adoptar la lengua de los vencidos.

Aún después de tantos siglos y de tantas revoluciones mundiales, subsiste inmortal la obra civilizadora de Roma, gracias a su lengua, que se ha perpetuado en las diversas lenguas neolatinas o romances; y, observaré, de paso, que entre todas ellas la nuestra es la que con más pureza ha conservado, lo mismo en su fonética que en su morfología y sintaxis, los severos y majestuosos rasgos de su madre.

¿Por qué se llaman latinos pueblos de tan distintas procedencias, sino porque hablan lenguas, que son hijuelas del rico idioma del Lacio, que creó, en los diversos pueblos sometidos al imperio de los Césares, una misma alma, un mismo derecho y una misma orientación espiritual? Por eso existe una brillante raza latina, paladión de la cultura y del derecho, que hoy mismo asombra al mundo con las hazañas y el heroísmo de sus hijos.

En esta misma tragedia espantosa que tantos millones de víctimas ha hecho, se ve también el influjo poderoso que ejercen las lenguas en los conflictos entre las razas.

Pero no basta que las naciones posean este poderoso vínculo

(1) Hiciste una patria de razas diversas  
Y lo que era un mundo trocáste en ciudad.

de la lengua, que las liga entre sí; es necesario que todas las que hablan el mismo idioma hagan lo posible por mantener su integridad y pureza. ¿De qué sirve que poseamos tan maravilloso instrumento si no sabemos cuidarlo y conservarlo? El hombre y el pueblo que descuidan su lengua, y lo que es peor aún, la bastardean y degradan con giros impropios, con palabras de otras lenguas y con neologismos innecesarios y bárbaros, contribuyen a su degradación espiritual. Por eso decía con harta razón el gran maestro Cuervo que «nadie hace tanto por el acercamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de los estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencian dialectales oponen al comercio de las ideas». Pecan, pues, contra el patriotismo los que no defienden los fueros del idioma y lo tratan con el mayor desdén.

Los gobiernos deben vigilar de un modo especial todo lo que se refiere a la enseñanza y cultivo del idioma. Los cuerpos docentes, como lo hacen en todas las naciones cultas de Europa, deberían ser los encargados de redactar un programa único para la enseñanza del idioma nacional en todas las escuelas públicas y particulares, y no permitir que reine la anarquía en tan importante enseñanza.

Si todas las naciones hispanoamericanas pusiesen el mismo esmero en todo lo que se refiere a la enseñanza de la lengua y aun celebrasen congresos sobre punto de tan vital interés, no vivirían seguramente tan separadas intelectual y literariamente en medio de un aislamiento egoísta y suicida. No se daría el caso de que sean desconocidos en cada una de ellas el movimiento intelectual y las obras más notables de las demás. Porque no puede negarse que, en algunas Repúblicas de lengua castellana, se han hecho y se hacen constantemente estudios lingüísticos interesantes y se presta la mayor atención a la enseñanza del idioma. Merece entre todas honrosísima mención la República de Colombia, en la que nuestra lengua ha tenido siempre glorioso baluarte, como lo prueban sus grandes filólogos, escritores, poetas y preceptistas.

En ninguna parte, ni aun en la misma Península, ha tenido tantos y tan celosos cultivadores la gramática, tan desconocida como vilipendiada por los indoctos y los corruptores

del lenguaje. Ignoran que, como decía el gran preceptista español Quintiliano: «La gramática es necesaria a los niños, agradable a los viejos, dulce compañera en la soledad, y, entre todos los estudios, el que tiene más trabajo que lucimiento».

Para formarse ligera idea del fervor y aplauso que siempre merecieron estos estudios en Colombia, basta recordar los nombres del incomparable autor del *Diccionario de construcción y régimen*, del eximio traductor de Virgilio, don Miguel Antonio Caro, de Pombo, de Fallón, de Marroquín, de Carrasquilla, de Restrepo, de Isaza, de don Marco Fidel Suárez, autor de notables y profundos estudios sobre nuestra lengua y cuyo claro talento promete todavía días de gloria a las letras y a la política de su patria, y de otros muchos que sería prolijo enumerar. Baste decir, como detalle sugestivo, que, en la serie de los últimos presidentes de esta gran República, predominan los cultivadores de las letras. No ha sido mucho menos intenso el movimiento literario y lingüístico en México, como lo revelan las notables publicaciones y los trabajos lingüísticos del erudito académico señor García Icazbalceta, del señor Angel de la Peña, y de una brillante pléyade de escritores y poetas cultísimos, cuyas obras ha dado a conocer recientemente entre nosotros en doctas y elegantes conferencias mi amigo el delicado poeta Urbina.

Del ardor con que se cultivan la lengua y las letras en el Perú y Venezuela dan testimonio evidente los nombres y las obras del venerable Ricardo Palma, Pardo, del Carpio, Paz Soldán, Corpancho, Althaus, Chocano, etc., en el primero, y, en la segunda, del insigne poeta Bello, gloria de nuestra lengua y estirpe, del castizo Baralt, autor del *Diccionario de galicismos*, de Camacho Roldán y Fermín Toro, del delicado poeta Gutiérrez Coll, de Asunción Silva, sin contar a Ros de Olano y Heriberto García de Quevedo, colaborador de Zorrilla, a quienes generalmente se asigna honroso puesto entre los literatos de la Península.

En Centro América, donde siempre se atendió con esmero el cultivo de nuestro idioma, sólo citaré de paso a los ecuatorianos Olmedo, una de las cumbres de la poesía americana, a Numa Pompilio Llona, Mera, Tovar, de aficiones lexicográficas, al ilustre cantor de *Azul*, tan popular en toda América



y Europa, al delicado prosista Gómez Carrillo, guatemalteco de nacimiento, al gramático salvadoreño Gagini, y al meritísimo lexicógrafo de Honduras señor Membreño, sin otros muchos elegantes cultivadores de la poesía y de la lengua, como el doctor Gustavo Ruiz a quien recientemente hemos tenido el placer de aplaudir en este recinto.

Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico no se quedan atrás en este gran torneo. Recordaré, entre ciento, los nombres del inspirado cantor del Niágara, Heredia, de Henriquez Ureña, de Martín, Juncos, etc., etc.

Panamá sigue, en esta materia, las tradiciones de Colombia. Su gobierno ha promulgado recientemente una ley, que pudiéramos llamar de higiene literaria, para corregir los innumerables abusos que se cometen en las inscripciones, letreros y anuncios públicos. Muy conveniente sería que los demás países que hablan nuestra lengua, incluso la misma España, imitasen tan laudable iniciativa.

También merece mención honorífica, en lo relativo al cultivo de la lengua, la República de Chile, donde la memoria de Bello y sus admirables y fecundas enseñanzas han mantenido el entusiasmo por esta clase de estudios, y donde han sido y son objeto de continua preocupación, por parte del gobierno y de las autoridades universitarias, las disciplinas lingüísticas y filológicas.

La empresa del cantor de la *Zona Tórrida* no fué fácil al principio, pues tuvo que arrostrar las iras de los furibundos enemigos de la cultura española, como Lastarría e Infante, que llegaron a llamarle *miserable aventurero*. Como dice Menéndez y Pelayo: «pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país, como el que Bello contrajo alejando de Chile la barbarie». Los nombres de doña Mercedes Marín, Sanfuentes, Lillo, Irisarri, los Amunásteguis, de la Barra, Zorobabel Rodríguez, etc., justifican la obra cultural de Bello.

En cuanto a la República Oriental, que siempre se distinguió por su amor a la cultura, basta recordar entre otros muchos, el nombre glorioso de Rodó, admirable cincelador de nuestra lengua.

En esta floreciente Nación Argentina, que hoy se adelanta a sus demás hermanas en la hermosa iniciativa de consagrar



el día aniversario del descubrimiento de América a la Fiesta de la Raza, ha tenido alternativas el cultivo de nuestra lengua. Más aun, ha habido hombres tan mal aconsejados que patrocinaron y lanzaron a los cuatro vientos la creación de una lengua argentina, una especie de esperanto, uno de esos engendros híbridos, llamados lenguas universales, sin pasado ni porvenir, que, cuando más, desempeñan en el trato internacional el mismo papel que el código de señales en la marina. Movía, en gran parte, a estos innovadores la ignorancia del propio idioma y juzgaban bellezas los innumerables barbarismos, galicismos y otros excesos con que los aluviones inmigratorios habían enriquecido el vocabulario argentino. Como el famoso loro de la fábula de Iriarte, creían que, con semejante jerigonza, ilustraban el idioma nativo.

Afortunadamente existía, en primer término, una gloriosa tradición literaria, mantenida por las obras de Echeverría, Mármol, Juan Cruz Varela, Mitre, Cané, Gutiérrez, López, Quesada, el gran poeta Andrade y Guido Spano; resonaba todavía la elegante elocuencia de Avellaneda, y no habían colgado sus armoniosas liras Obligado, el inspirado cantor del *Ombú*, y el clásico Oyuela, que ensalzó a Fray Luis y a Cervantes en rotundas e impecables estrofas. Por otra parte, entre la juventud literaria, aparecían algunos nombres, que destacándose del cuerpo amorfo, mostraban ya, como en el huerto de Fray Luis,

....en esperanza el fruto cierto.

Pasó aquella manga de langosta literaria que amenazaba con destruir la vitalidad del castellano, y fué en parte beneficiosa tal invasión, pues ha despertado energías dormidas; ha dado lugar a reacciones vigorosas y saludables y ha excitado un gran movimiento de reacción contra la barbarie que pretendía erigirse en dogma. Ha renacido la afición a los estudios literarios; muchos espíritus selectos se han dedicado a refinar su lenguaje y estilo: los gobiernos y los educadores se han preocupado por la enseñanza de la lengua nacional; la prensa, por su parte, ha promovido esta gran obra de cultura, ya por medio de concursos, ya procurando que los tra-

bajos que aparecen en sus columnas se distinguen por la perfección de la forma, ya procurándose la colaboración de distinguidos literatos.

La Facultad de Filosofía y Letras, que cuenta con entusiastas y eruditos comentadores de nuestra admirable literatura histórica, y hace familiares en sus aulas los nombres del autor de *La Celestina*, de Berceo, del Arcipreste de Hita y demás patriarcas de las letras castellanas, procura además, con la creación de nuevas cátedras, el fomento de nuestra lengua. La Academia Argentina, correspondiente de la Real Academia de Lengua, y la Academia de Filosofía y Letras contribuyen a este Renacimiento con fiestas literarias que son encanto de los espíritus selectos. Por otra parte, en los Colegios Nacionales y otras instituciones docentes, figuran notables cultivadores de nuestra lengua, que no sólo enseñan en la cátedra sino también en conferencias y Revistas. Por último bástame recordar que, en el plan de estudios de las escuelas de Buenos Aires, campea este axioma: «El lenguaje ocupa el lugar más culminante dentro de la enseñanza». Pero es preciso que este gran movimiento de renovación obedezca a un principio de unidad, para que sea fecundo. El programa de enseñanza de la lengua nacional debe ser único en toda la República y no quedar al arbitrio de cada institución y de cada maestro. Es necesario además que se revisen escrupulosamente los textos y que se excluyan rigurosamente de la enseñanza todos los que pecan contra la pureza e integridad del idioma. Es doloroso que, por injustificadas tolerancias, sirvan de texto libros llenos de galicismos y barbarismos, tales como *míxtificar* y *míxtificación*, *postergar* (por *aplazar*), *primar* (por *imponerse*), *dintel* (por *umbral*), *esclavatura* (por *esclavitud*), *ópimo*, *intérvulo* (por *opimo* e *intervalo*), *observar a uno* (por *hacerle notar*), *reato* (por *obstáculo*), *involucrar* (por *envolver*, *contener*), *recién* (por *recientemente*); *cien* (por *ciento*), *noticioso* (por *lleno de noticias*) y otra multitud de palabras y giros que bastardean el lenguaje. No deben ser los libros escolares negocio explotable, sino función delicada y confiada únicamente a personas de reconocida autoridad y competencia.

Es preciso, por último, que las clases elevadas, los favoreci-

dos por el nacimiento o la fortuna dén ejemplo a los demás, en materia de refinamiento de lenguaje.

Sin sospechar tal vez la existencia posible de un fenómeno como el que voy a citar, había dicho, a principios del pasado siglo, el ilustre filólogo F. Schlegel:

«Considero como deber sagrado en todo tiempo, y como *importantísimo privilegio de las altas clases sociales, el cultivo cuidadoso* de la lengua patria. Una nación cuya lengua se torna ruda y bárbara está amenazada de caer ella misma en la barbarie.»

Es, en verdad, lamentable y choeca a los extranjeros cultos el espectáculo de no pocos individuos que son refinados en todo, en el comer, en el vestir, en sus deportes, menos en su lenguaje. Viven como magnates y suelen hablar como plebeyos. Aprenden con cuidado las lenguas extranjeras, y descuidan la propia.

Otra de las causas que contribuyen a la corrupción del lenguaje son los cines y los teatros.

En los primeros, rara es la cinta que no vaya acompañada de leyendas o explicaciones en castellano, en que abundan los barbarismos y las incorrecciones.

En cuanto a los segundos, contribuyen más aún, como es natural, a pervertir el gusto del público con traducciones de la peor ralea, en que se oyen galicismos como *apercibirse de, hacer un pasco*, y lindezas por el estilo.

Es axioma corriente, en literatura, que los poetas no suelen ejercer influencia en la lengua del pueblo; pero esto no se realizó en nuestro teatro clásico, esencialmente popular y el más rico tesoro de nuestra lengua. No hay nación que pueda competir con nosotros en este punto, pues uno solo de nuestros poetas dramáticos, Lope de Vega, llamado con harta razón el monstruo de la naturaleza y el fénix de los ingenios, nos dejó según los críticos más autorizados, unas 1.700 comedias, cifra a que no llegan juntos los teatros de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia en la misma época. Tanto Lope como sus demás gloriosos compañeros en la escena: Tirso, Alarcón, Moreto, Rojas, Calderón, etc., etc., fueron verdaderos maestros de idealismo y de lenguaje, pues el pueblo que, en toda España, acudía presuroso a los teatros, no sólo se familiarizaba con las

grandes figuras y los hechos de su historia, sino también con el lenguaje rico, jugoso y castizo de aquellos insignes maestros. Los primeros conquistadores trajeron a estas inexploradas regiones esta lengua admirable, corriente en Castilla y conservada todavía en pintorescos modismos y voces de sabor arcaico, en el fondo de las provincias, menos contaminadas que la capital por la inmigración extranjera. Por eso, mientras en la gran metrópoli argentina desgarran nuestros oídos a cada paso galicísmos, italianismos y otros excesos de lenguaje, siéntense halagados en las provincias del interior por multitud de palabras y giros del más legítimo abolenço.

Pero no sólo tiene nuestra lengua enemigos en las lenguas extranjeras y en el descuido de los que la enseñan y hablan, sino también en las regiones de la misma Península. Ya sabemos cómo, a ejemplo de Roma, también España unificó su nacionalidad y su lengua; pero, a diferencia de aquélla, no derramó torrentes de sangre para realizarlo. El castellano se hizo lengua oficial de todos los españoles, no por imposición violenta de Castilla, sino por la fuerza de las circunstancias, por sus condiciones fonéticas, gramaticales y literarias, por su gloriosa literatura y no menos glorioso teatro ante cuya majestad y grandeza hubieron de ceder las literaturas regionales. La lengua, en que el gran César Carlos V se dirigía a la divinidad, y en que, en solemne ocasión, hablaba a un congreso de hombres de diversas razas, con la seguridad de ser entendido por todos, no necesitaba recurrir a la violencia para imponerse. El castellano jamás hizo la guerra a ninguna otra lengua regional, pues en España siempre fué compatible el culto de los penates con el culto superior de la patria común. Recórrase nuestra historia literaria y no se hallarán en ella, durante cerca de cuatro siglos, huellas de malquerencia o discordia. Catalanes, valencianos, mallorquines, vascuences rivalizan con los demás habitantes de las demás regiones de España en el cultivo del castellano y en el acrecentamiento de sus tesoros literarios. Eruditos como Mayáns y Siscar, Capmany, Puigblanch y otros muchos, se dedican con general aplauso y gloria al cultivo y engrandecimiento de nuestra lengua, y todo el que arguya, sin recurrir a sofismas, no puede negar la gran autoridad y prestigio que merecen a todos los españoles. ¿Qué puede signi-

ficar ante este concierto universal de respeto y alabanzas, alguna crítica obscura y sin autoridad suficiente? ¿Ha existido alguna vez en algún país del mundo, autor que no haya sido objeto de crítica?

En tiempos más cercanos a los nuestros, ha seguido el mismo fervor en pro de nuestra literatura por parte de los escritores regionales. ¿Quién no recuerda con admiración y con cariño los nombres de Piferrer, admirador e ilustrador de nuestros clásicos; de Coll y Vehí, el castizo escritor y maestro de tantas generaciones; del gran prosista Mañé y Flaquer; del insigne filólogo Milá y Fontanals, maestro de Menéndez Pelayo; del admirable Balmes, de Pi y Margall, del erudito Rubió, de Quadrado, Cabanyes, Querol, Llorente, Estelrich y tantos otros que sería prolijo enumerar? Más aún; ¿quiénes han levantado imperecedero monumento a las letras castellanas en la ya popular y famosa *Biblioteca de Autores Españoles*? Dos ilustres catalanes, el benemérito Rivadeneyra y su ilustre amigo Aribau, que no creyó incompatible cantar a la *Patria* en su materna lengua catalana con la noble tarea de hacer el más brillante y ostentoso alarde de las inmensas e inexploradas riquezas de la literatura castellana.

En Francia, donde hay no sólo pueblos unidos espontáneamente, sino la imposición de una lengua y de una política por los vencedores de la lengua *d'oïl* a los vencidos de la lengua *d'oc*, en la célebre guerra de los Albigenses, y donde se ven también extensas regiones catalanas incorporadas al territorio francés, el patriotismo ha apagado por completo todo grito de protesta y rebeldía; ningún provenzal ni catalán ha soñado en reivindicaciones lingüísticas ni en arrancar a la hermosa y elegante lengua francesa, la hegemonía que le han dado la historia y la brillante labor literaria de todos sus hijos. Sin embargo, los vencidos de hace siglos no han olvidado la hermosa, sonora y rica lengua de los trovadores. En ella ha podido escribir Mistral sus admirables poemas, con aplauso de todos los franceses, pero sin soñar siquiera en hacer de sus obras bandera de rebelión. Las fiestas anuales en honor del caballero Florián, de Aubanel y de otros poetas provenzales son amables fiestas de familia que no alteran en lo más mínimo la concordia entre los hijos de una misma madre, a la que

todos bendicen, ensalzan y engrandecen en el mismo idioma. Lo mismo ha ocurrido en Italia, -donde la ardiente voz del patriotismo y la aspiración constante a la unidad, que constituye la fuerza de las naciones, se ha impuesto imperiosamente a toda tendencia regional histórica. Ningún veneciano trata de restaurar, a costa de la unidad nacional, la autoridad y el prestigio de sus antiguas Señorías; ningún florentino sueña con restablecer su prestigiosa república. Todos, venecianos, florentinos, genoveses, napolitanos, sicilianos, etc., olvidados de antiguos derechos y preeminencias, sólo piensan en enriquecer, engrandecer y glorificar a la patria única.

Así ocurrió en España hasta los últimos lustros del siglo pasado; pero algunos ilusos, cegados por no sé qué espejismos, han empezado a sembrar la desunión y se proponen desgarrar el fuerte vínculo de nuestra gloriosa nacionalidad, forjado por el natural desarrollo histórico y no por la violencia ni la coacción, es decir, la unidad de nuestra lengua, negándole con la mayor injusticia el privilegio de lengua nacional. ¿Es posible semejante aberración y ceguera? El castellano no es sólo la lengua oficial de toda la Península, salvo Portugal, sino también lengua nacional y oficial de otras 20 Repúblicas, es decir, la lengua nacional y oficial de más de ochenta millones de hombres. ¿Es acaso una mengua para la lengua catalana, por muy glorioso que sea su pasado, que nunca podrá compararse con el castellano, ceder el puesto de honor en el solar de la raza, a la lengua castellana, cuyos inmensos tesoros literarios son el asombro y envidia de los pueblos extranjeros? Y hago caso omiso de otras muchísimas ventajas que presenta sobre los demás idiomas, como la claridad y sencillez de su fonética, la riqueza, majestad y propiedad de su vocabulario, y la sólida elegancia de su sintaxis.

¿Cómo pretenden esos ilusos desterrar una lengua que tiene tantas preeminencias, de los hogares, de las escuelas, de las cátedras de Cataluña, es decir, fomentar la guerra civil, cuando debían agradecer a la Providencia el que haya puesto en sus manos instrumento tan poderoso de cultura, que les ha permitido ocupar en la vida económica de España un lugar preponderante, y que les ha franqueado las puertas de

todas las naciones hispanoamericanas, dándoles un privilegio eminente sobre los demás inmigrantes extranjeros?

Pretendan enhorabuena privilegios económicos, reformas en el régimen provincial y municipal; pero no cometan el crimen de lesa nación de tocar el paladión de la nacionalidad consagrado por los siglos.

Nunca hubiera pensado insistir en este punto, que tanto interesa a la vitalidad y a la autoridad de nuestra lengua, si los promovedores de esa nueva cruzada, que no quiero calificar, hubieran limitado sus reivindicaciones al territorio de la Península; pero ignoro por qué móvil oculto han traído estas discusiones, pecaminosas y nocivas, a estas naciones hispanoamericanas, donde afortunadamente no se habla más idioma que el castellano. ¿A qué fin obedece esta campaña en desprestigio de nuestra lengua? En todo caso puede calificarse de campaña suicida.

Pretender privar a la lengua castellana de su dominio y señorío, no establecido por la violencia sino por común consentimiento y provecho de todos los españoles, es intento anti-patriótico y condenable. La historia de las naciones no se rehace, y por más que lo pretendan algunos exaltados, el catalán seguirá siendo, como el gallego y vascuence, una lengua familiar, digna de respeto como todo lo que constituye lazo de familia, como una venerable tradición, y objeto interesante de estudio para el filólogo.

El único vínculo indisoluble de unión entre todos los pueblos de nuestra estirpe, allende y aquende el océano, es el castellano, que como el héroe de la epopeya nacional, el no igualado *Mío Cid*, aparece desde su infancia, dominador sonoro y majestuoso, cual ninguna otra lengua romance; que ha dejado en la historia de la civilización una estela inmortal y que en los futuros y seguramente brillantes destinos de nuestra raza, así en España como en América, está llamado a añadir nuevos y muy valiosos timbres a sus trofeos legendarios.

Termino renovando el ardiente voto a que a nombre de la Real Academia formuló el señor Cañete al celebrar el primer centenario del nacimiento de Bello:



«El amor de la hermosa lengua castellana, que aun resue-  
na con majestad y armonía entre la nieve de los Andes y  
en las feraces campiñas del Ecuador, sea de hoy más vínculo  
que estreche de nuevo, sin menoscabar a nadie su indepen-  
dencia, los lazos de cariñosa hermandad entre americanos y  
españoles.»

MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ.

